

UN NUEVO IMPULSO A LOS ESTUDIOS BALMESIANOS

Una de las causas por que la influencia de Balmes había sido relativamente escasa hasta el presente era, sin duda, la falta de una buena edición de sus obras y de una biografía que respondiese a las exigencias de la crítica y nos presentase tal cual es la genial figura de Balmes. Los diversos estudios biográficos publicados a raíz de su muerte eran muy deficientes, y los que vieron la luz con ocasión del centenario de su nacimiento tampoco respondían a lo que Balmes se merecía y sus admiradores deseaban.

El P. Casanovas ha venido a llenar cumplidamente estos dos vacíos, y con la edición crítica de las obras completas (1), ilustrada por medio de una monumental vida de Balmes (2), nos ha puesto en las manos cuantos elementos eran de desear para el fácil estudio y difusión de las grandes ideas balmesianas. Por esto no dudamos en afirmar que de estas dos publicaciones de la "Biblioteca Balmes" de Barcelona habrán de recibir un nuevo y poderoso impulso los estudios balmesianos. Afortunadamente, es ya bastante conocida y utilizada la edición crítica de las obras, mas no así, por desgracia, esta admirable biografía que nos presenta el verdadero retrato de Balmes, el Balmes completo en todas y cada una de sus múltiples facetas de apologista, sociólogo, político, filósofo, y en todas ellas como una viva realización del ideal del hombre perfecto que él mismo se había formado. El P. Casanovas ha penetrado en lo más íntimo del espíritu de Balmes y con arte y maestría sin igual ha logrado hacerlo revivir y palpar en estas elegantes páginas, verdadero monumento, no menos que a Balmes, a la lengua catalana. De esta biografía intentamos ahora dar

(1) Obras completas del Dr. D. Jaime Balmes. Primera edición crítica, ordenada y anotada por el P. Ignacio Casanovas, S. I. "Biblioteca Balmes", Barcelona, 1925-6.

(2) Ignacio Casanovas, *Balmes: la seva vida, el seu temps, les seves obres*. Barcelona, 1932; 3 vol. in-4.^o menor, I, LVI-568 p.; II, 826 p.; III, 839 p.

una sucinta idea, deteniéndonos algún tanto a estudiar a través de la misma algunos de los aspectos principales de nuestro gran polígrafo, como el apologético y más particularmente el filosófico.

La biografía, objeto de los dos primeros volúmenes de la obra, divídese en cuatro libros, correspondientes a los cuatro aspectos, bien determinados, que ofrece la vida de Balmes. El primero lleva por título “el estudiante”, y comprende el período que corre desde los primeros pasos de su vida intelectual hasta el año 1835, último de su brillante carrera universitaria. Es el objeto del segundo, el lustro inmediato (1836-41), designado con el nombre de “vida oculta de Balmes”, en el cual éste se consagra muy particularmente a su autoeducación. El tercer libro describe el aspecto peculiar, “apologético social”, de los tres primeros años de su vida pública de escritor (1841-44). Finalmente, el cuarto, intitulado “ciclo político y filosófico”, nos da a conocer con abundancia de pormenores los tres años (1844-7) más activos de la vida de Balmes, en los que la política militante alterna con la publicación de las grandes obras filosóficas. Ciérrase la biografía con un epílogo correspondiente al año 1848, el último de nuestro gran apologista, que, no obstante la brevedad de su vida, mereció de testimonios autorizados ser justamente llamado “el santo Padre de los tiempos modernos” (II, 700) y “luminar insigne de la apologética cristiana contra los errores de nuestros tiempos” (3).

A los dos volúmenes de la biografía sigue un tercero, complementario de la obra, intitulado “documentos balmesianos”, que contiene los epistolarios de Balmes—cartas escritas y recibidas por Balmes—y de su hermano, fragmentos literarios hasta ahora inéditos y una considerable multitud de documentos, relativos a la actuación pública y privada de Balmes”.

I. EL ESTUDIANTE

Jaime Balmes nació en la ciudad de Vic al Norte de Cataluña, de una familia modesta de sombrereros. A los siete años, aprendidas las primeras letras, entra en el Seminario diocesano y, cursadas en él la

(3) I, 7. Las citas tomadas de la edición crítica de las obras de Balmes las pondremos siempre al pie de la página con la sola indicación del tomo y de la página. Las de la biografía del P. Casanovas irán entre paréntesis en el mismo texto.

gramática latina, la retórica, filosofía y un año de teología, pasa a la Universidad de Cervera, donde estudia sucesivamente siete años de Teología y dos de Cánones, saliendo de ella en 1835 con todos los grados y honores de la enseñanza oficial.

1. *Primeros albores de su inteligencia.* Balmes en los primeros pasos de su vida intelectual presenta ya el distintivo de los grandes genios, a saber, una hambre y sed insaciables de verdad y ciencia, seguidas de “muy vivos desengaños, de bellas ilusiones deshojadas a su vista” (4). Oigámosle a él mismo describirnos la avidez de ciencia que le devoraba ya al primer alborar de su privilegiada inteligencia, y la consiguiente “desilusión que atormentó pronto su alma”.

“La vida de los sabios, dice, me parecía como la de un semidiós sobre la tierra, y recuerdo que más de una vez fijaba con infantil mirada mis ojos sobre un albergue que encerraba un hombre mediano que yo, en mi inexperiencia, conceptuaba gigante. Penetrar los primeros principios de todas las cosas, descorrer el velo que cubre los secretos de la naturaleza, levantarse a regiones superiores descubriendo nuevos mundos que escapan a los ojos de los profanos”...: “éstos creía yo que eran los beneficios que proporcionaba la ciencia”... “en una palabra, me imaginaba que la ciencia era un talismán que obraba maravillas sin cuento, y que quien llegase a poseerla se levantaba a inmensa altura sobre el vulgo de la triste humanidad” (5).

Mas, ¡ay!, pronto se marchitó tan bella ilusión “como flor secada por los ardores del estío” (6), y creyendo que la esterilidad de sus esfuerzos por dar con la clave de la ciencia se debería tal vez a la falta de método en el estudio, resolvió preguntar a los sabios por el verdadero camino que conduce a la verdad, a cuyo fin dedicóse por algún tiempo a estudiar manuales de lógica, luego a consultar los grandes

(4) “Los grandes sabios de todos los tiempos, dice Balmes, después de haber tanteado los senderos más ocultos de la ciencia, después de haberse arrojado a seguir los rumbos más atrevidos que en el orden moral y físico se presentaban a su actividad y osadía en el anchuroso mar de las investigaciones, todos vuelven de sus viajes llevando en la fisonomía aquella expresión de desagrado, fruto natural de muy vivos desengaños; todos nos dicen que se ha deshojado a su vista una bella ilusión, que se ha desvanecido como una sombra la hermosa imagen que tanto les hechizaba; todos refieren que en el momento en que se figuraban que iban a entrar en un cielo inundado de luz han descubierto con espanto una región de tinieblas, han conocido con asombro que se hallaban en una nueva ignorancia.”

(5) X, 14-15.

(6) Ibid. 16.

autores que habían escrito sobre el método de conducir el entendimiento: Aristóteles, Raimundo Lulio, Descartes, Malebranche, Locke, Condillac y otros muchos de segunda categoría. Desengañado de unos y de otros, entregóse finalmente a la lectura de biografías para ver si por ventura hallaba en las vidas de los grandes pensadores lo que en vano había buscado en sus libros y sistemas (I, 74, 75, 78, 190). Todo fué en vano. Nada pudo aquietar su entendimiento impaciente por la verdad; antes tales tentativas engendraron en su ánimo una grave crisis de autoridad y desconfianza en el magisterio externo, hasta el punto que al terminar sus estudios de filosofía “se hallaba, nos dice, preparado a una verdadera revolución, y, aunque vacilando algunos momentos, al fin se decidió a pronunciarse contra los poderes científicos, y alzando una bandera en su entendimiento escribió en ella: abajo la autoridad científica” (7).

“Apremiado, sin embargo, mi espíritu por la sed de la verdad, no podía quedar en un estado de completa inercia, y así es que emprendí buscarla con mayor empeño, no pudiendo creer que estuviera el hombre condenado a ignorarla mientras vive en este mundo” (8).

Balmes no cayó en el escepticismo, ni siquiera tomó la actitud cartesiana de una duda metódica, porque “sin reflexionar mucho, dice, me convencí de que dudar de todo era carecer de lo más precioso de la razón humana, que es el sentido común”...; “siempre me pareció que tan cierto estaba de que existía como de que pensaba, como de que tenía cuerpo, como del movimiento, como de las impresiones de los sentidos, como del mundo que me rodea” (9).

Al reaccionar de este modo la naturaleza de Balmes ante esta crisis intelectual ponía ya de manifiesto los rasgos característicos del filósofo del buen juicio, del sentido común por antonomasia.

“Hay en las regiones de la ciencia, como en los senderos de la vida práctica, continúa diciendo, ciertas reglas de buen juicio y prudencia de que no debe el hombre desviarse jamás. Todo lo que sea luchar con el grito de nuestro sentido íntimo, con la voz de la naturaleza misma, para entregarse a vanas cavilaciones, es ajeno de la cordura, es contrario a los mismos principios de la razón. Por esta causa debe condenarse como insensato el sistema del escepticismo universal hasta en las materias puramente filosóficas, sin que por esto sea menester abrazar ciegamente las opiniones de esta o aquella escuela. Pero donde conviene particularmente la sobriedad en el uso de la razón es en materias religiosas, porque siendo éstas de un orden muy elevado y rozándose en muchos puntos con las

(7) Ibid. 18.

(8) Ibid. 18.

(9) Ibid. 19.

torcidas inclinaciones del corazón, tan pronto como la razón empieza a cavilar y sutilizar en demasía se halla el hombre en un laberinto donde paga muy caro su orgullo y presunción" (10).

Sobriedad en el uso de la razón, independencia de criterio, propio de un sano eclecticismo, humildad intelectual, acompañadas de una profunda fe religiosa, he aquí las normas invariables de su conducta filosófica, de las cuales jamás se desviará Balmes en lo más mínimo, y que harán de él uno de los más valientes debeladores del escepticismo y de "los errores de nuestros tiempos".

2. *Transformación intelectual de Balmes.* Obtenida esta victoria y "apremiado más que nunca su espíritu por la sed de la verdad", emprende con nuevos bríos los estudios universitarios, por los cuales se sentirá en breve su entendimiento profundamente transformado, hasta el punto de haber alcanzado ya a los 21 años la madurez y vigor propios de la plenitud intelectual (I, 277). La razón adecuada de esta transformación intelectual, como en general, del Balmes que "amamos y admiramos", no nos la dan, dice el Casanovas, los elementos todos reunidos de formación externa (II), padres, maestros, seminario y universidad, que tuvo Balmes. Este sería para nosotros un enigma sin el factor autoeducación, en virtud del cual una inteligencia privilegiada fué aplicada constantemente a un estudio metódico y ordenado por una diamantina fuerza de voluntad (I, 68).

Balmes volaba a las más altas cumbres de la ciencia con las dos alas de la lectura y de la meditación, sujetas al más riguroso método. Tropezó un día con esta frase de Hobbes: "Si yo hubiese leído tanto como ellos sería tan ignorante como ellos" (12), y creyó haber descubierto un tesoro. Otro día leyó que Malebranche solía meditar muchas horas seguidas encerrado en su habitación, y de estos ejemplos saca Balmes su excelente método de estudio, "leer mucho, pero no muchos libros, y asimilar bien lo leído por medio de la meditación".

(10) *Ibid.* 22-23.

(11) Al ser expulsada de España la Compañía de Jesús en el año 1767, la cultura cervantina recibió un golpe mortal y se inició una decadencia evidéntísima sobre todo en la enseñanza filosófica y literaria. A principios del siglo XIX todavía aumentó la desorientación como se puede ver por los textos adoptados en Teología; las *Institutiones lugdunenses*, prohibidas en Roma el año 1792 por ser jansenistas, y en Historia eclesiástica, el epítome de Gmeines, no ya jansenista, sino protestante (I, 107).

(12) XIV, 202 y 220.

Para ello a cada hora de lectura se seguirán varias de meditación y discurso en su cuarto a oscuras, porque "la lectura es como el alimento corporal, que necesita tiempo para ser digerida y entrar en provecho". Añádase a esto que en todas sus lecturas y meditaciones está siempre a punto para tomar notas. "Un hombre sabe, decía, a proporción de lo que ha escrito en sus estudios y meditaciones", a lo cual llamaba él "encajonar ideas" (13).

II. VIDA OCULTA

Este trabajo de autoeducación de Balmes adquiere excepcional importancia durante los años de estudio privado en el bienio 1830-32, en que estuvo cerrada la universidad, y en el curso de 1833-34, en que recibió las sagradas órdenes, pero sobre todo en el lustro de vida oculta (1836-41), pasado en su ciudad natal, apenas terminada su carrera universitaria.

1. *En la "escuela de la desgracia"*. Solía Balmes designar este lustro con el calificativo de "escuela de la desgracia". En efecto, a su regreso de Cervera se encontró con la pérdida de su gran mecenas, el santo Obispo Corcuera, cuyas exequias acababa de celebrar la ciudad de Vic. Por otro lado, la vida de familia, que había sido siempre fuente de gozo y alegría íntima, iba a serlo ahora de martirio lento y callado, al contemplar a sus padres y hermanos afligidos por el azote de la más dura pobreza. Su santa madre frecuentemente tenía que pedir prestadas las cosas más indispensables para la vida cotidiana. Y para que el cuadro fuera más sombrío, visitóle el Señor varias veces durante este tiempo con la enfermedad, prenuncio de la que había de segar en flor tan preciosa vida. Siempre, pero muy particularmente

(13) En las preciosas reglas que para la lectura pone Balmes al principio de la Lógica, fruto maduro y depurado de su propia experiencia, añade acerca del tomar notas esta advertencia: "se suele decir que es más útil leer con la pluma en la mano anotando lo más importante que sale al paso. Esta regla es en verdad muy provechosa, mas para evitar algunos inconvenientes bueno será tener presentes las observaciones siguientes:

1.^a Hay peligro de escribir cosas inútiles y de emplear haciendo extractos un tiempo precioso que sería mejor empleado repitiendo la lectura; 2.^a Encomendándolo todo al papel se cultiva menos la memoria, el mejor libro de apuntes es la cabeza, esta no se traspapela ni embaraza. 3.^a Cuando se trata de nombres propios y de fechas no fiarse de la memoria (XX, 168).

durante este lustro, fué Balmes el hombre de vida sobrenatural, de oración diaria (14), el sacerdote recogido y santo, de vida interior exuberante que, alimentada ahora con un sacrificio vivo y prolongado, produjo en él dos frutos preciosísimos: una clara luz del valor de las cosas humanas y una elevación de dignidad por encima de todas las criaturas (I, 304). Intensísima fué también ahora su vida de estudio, no obstante el mucho tiempo que le robaban los negocios de la familia y las lecciones particulares que daba para subvenir sus más urgentes necesidades. Fecundos sobremanera fueron estos cinco años de retiro en la vida oculta; en ella fueron, si no escritas, al menos pensadas y concebidas las grandes obras apologeticas y filosóficas de Balmes (I, 648).

2. *Pedagogo insigne.* La cátedra de matemáticas, del Seminario, ganada por oposición, solucionábale en parte el problema económico, pero sobre todo le ofrecía ocasión para demostrar sus excelentes cualidades pedagógicas y ejercitar su celo apostólico. No queremos dejar de consignar aquí el testimonio precioso de uno de sus discípulos, que nos presenta a Balmes como pedagogo y educador en verdad insigne.

“Quien no ha oído al Dr. Balmes en la cátedra, dice, no sabe lo que es el buen orden de una clase, ni la puntualidad de la asistencia, ni el interés del maestro y de los discípulos, ni la atención de todos, ni la claridad del gran Profesor, ni la dignidad y dulce rectitud en tratar a los discípulos, ni el afán con que éste forma el entendimiento y el corazón de la juventud...; no eran solamente matemáticas lo que nos enseñaba, sino también lógica, metafísica, historia; en fin, nos enseñaba a estudiar y a ser hombres” (I, 329).

Reflejo, sin duda, de su magisterio es el áureo capítulo de “El Criterio” en que nos presenta en síntesis el ideal del maestro tal como él lo concebía y realizaba, según el mencionado testimonio.

“Conciliar, dice, la claridad con la profundidad, hermanar la sencillez con la combinación, conducir por el camino llano y amaestrar al mismo tiempo en an-

(14) Balmes se distinguió siempre por su piedad. En Cervera durante sus estudios universitarios dedicaba varios ratos del día a la meditación, de antemano preparada con la lectura de un capítulo del Kempis, que era uno de sus libros de piedad predilectos. Más tarde, además de la lectura ordinaria de cada día, tomaba doble ración de Kempis en el caso de ser muy alabado. Solía decir a sus amigos que a pesar de tener tan arraigada la fe y los sentimientos religiosos en su corazón tenía necesidad de antídotos antes y después de leer un libro prohibido, acogiéndose a la Biblia, al Kempis o a Fray Luis de Granada (I, 440).

dar por senderos escabrosos mostrando las angostas y enmarañadas veredas por donde pasaron los primeros inventores, inspirar vivo entusiasmo, despertar en el talento la conciencia de sus propias fuerzas sin dañarle con temeraria presunción, he aquí las atribuciones del profesor que considera la enseñanza elemental no como fruto, sino como semilla (15), y que trabaja por desenvolver el talento de los alumnos para que al salir de la escuela puedan hacer los adelantos proporcionados a su capacidad" (16).

Mas para que el maestro pueda obtener tan preciosos frutos de la enseñanza es de todo punto indispensable en la pedagogía balmesiana el promover la autoeducación del alumno, despertando sus energías internas y poniendo en actividad todas las facultades del discípulo. Ya que todas ellas, las internas y las externas, las espirituales y las materiales, han de conspirar al mismo fin de la educación, y del conocimiento de la verdad, aspiración suprema de nuestro entendimiento (17).

Esta actividad simultánea de todas las facultades no sólo sirve para lograr los progresos intelectuales, proporcionados a su capacidad, sino que además ayuda muchísimo para la formación moral y religiosa del alumno, que es el alma y el espíritu de la pedagogía balmesiana. Balmes considera la actividad del discípulo como un excelente preservativo contra todos los vicios y desenfreno de las pasiones a que se halla expuesta la juventud, y se indigna contra aquéllos que temen de la ciencia y de la ilustración del entendimiento daños para la fe y la moral de los jóvenes. Balmes sólo los teme de la ociosidad y de las lecturas inmorales e irreligiosas, "que no conducen a la ciencia, sino que, por el contrario, son fuente de frívola superficialidad" y tienden a desbordar las pasiones y a romper el equilibrio que ha de reinar entre todas las facultades a fin de que no sean obstáculo para el logro de la verdad (18). Son dignas de ser muy meditadas las consideraciones que

(15) XV, 186.

(16) Ibid. 185.

(17) II, 73.

(18) Una de las facultades que a juicio de Balmes pueden impedir o ayudar mucho para la consecución de la verdad es la del sentimiento. "Los sentimientos, dice, poseen la virtud de hacer ver al entendimiento las cosas del mismo color que ellos tienen... y los grandes talentos son los que están más expuestos a ser víctimas del sentimiento, el cual en estos suele ser exquisito e impresionarles con más viveza. El entendimiento bajo esta impresión encuentra fácilmente razones para justificar su sentir de cada momento; de ahí nace una gran volubilidad, a menudo contradicción. El poeta se halla más expuesto que los demás a dejarse llevar por las impresiones del momento (XV, 225-6). Se

hace Balmes hablando en particular de la ciencia del sacerdote. "La instrucción del clero, dice, es una de las garantías más seguras que se pueden dar no sólo para hacerlo figurar en el mundo con el lucimiento conveniente, no sólo para ganarle la estima y el respeto de los fieles, sino también para asegurarle una sólida moralidad y aquella virtud segura que necesita para ejercer dignamente las altas funciones de su santo ministerio". La actividad, el estudio, el trabajo, "es uno de los bálsamos más eficaces para curarnos las llagas que nos hayan abierto las pasiones, así como es uno de los preservativos más seguros para impedir el abrirlas". La pedagogía balmesiana tiene siempre ante la vista el ideal del hombre perfecto que resulta del ejercicio armónico de todas sus facultades, tan admirablemente descrito en la última página de "El Criterio", maravillosa síntesis de todo el libro: "La razón es fría, pero ve claro; démosle calor sin quitarle la claridad. Las pasiones son ciegas, pero dan fuerza; démosles dirección sin quitarles fuerza. El entendimiento sometido a la verdad, la voluntad sometida a la moral, las pasiones sometidas al entendimiento y a la voluntad, y todo ilustrado, dirigido y elevado por la religión: ved ahí al hombre completo, al hombre por excelencia. En él la razón ilumina, la imaginación pinta, el corazón vivifica, la religión diviniza" (19).

III. VIDA PÚBLICA

La vida pública de Balmes, que había de durar tan sólo ocho años escasos, está dividida en dos etapas, apologético-social y político-filosófica, que son el objeto de los libros tercero y cuarto respectivamente.

1. *Ciclo apologético.* La etapa apologética nos da, dice el P. Casanovas, el aspecto más esencial y en cierto modo total de Balmes, que es esencialmente apologista de la religión católica, no sólo por ser ésta el fin primario de sus últimos trabajos literarios, sino también porque en la ejecución de cada obra dirígese todo su anhelo a buscar su nexa con las verdades de orden religioso y moral (II, 5-6). Todos los escritos balmesianos, aun los poéticos, de escaso valor lite-

ha dicho que los grandes pensamientos nacen del corazón y podía añadirse que del corazón nacen también los grandes errores. El corazón no piensa, ni juzga, no hace sino sentir; pero el sentimiento es un resorte poderoso que mueve al alma, despliega y multiplica sus facultades." (Ibid, p. 228).

(19) XV, 349; IV, 261-67; II, 351.

rario, revelan en su autor el apologista de la religión católica; con todo, el ciclo apologético propiamente dicho comienza con la publicación de la memoria sobre "El celibato del clero" y culmina en la magna obra "El Protestantismo", desarrollándose en torno a una misma idea central, la de las relaciones del catolicismo con la sociedad. En una obra que llevase este título podrían fácilmente estructurarse todas las del ciclo apologético: "La memoria sobre el celibato", "Observaciones sobre los bienes del Clero". "El Protestantismo", y muchos artículos publicados en "La Civilización" y en "La Sociedad" (I, 145).

2. *Cualidades de la apologética de Balmes.* Las excepcionales dotes de Balmes como apologista resaltan contrastándolas con los defectos de la apologética a la sazón reinante. Esta, en general, estaba viciada ya de sentimentalismo exagerado, como en Chateaubriand; ya de tradicionalismo, como en Bonald; ya finalmente de presunción y orgullo, como en Lamennais (20). Era una apologética superficial que, desprovista de sólidos principios filosóficos y teológicos, no podía confrontar el pensamiento moderno con el tradicional que desconocía en gran parte, ni tampoco atendía convenientemente a las dificultades suscitadas por la naciente ciencia moderna contra el cristianismo, cuyos enemigos eran cada día más fuertes, no por lo que sabían, sino por la ignorancia de sus apologistas.

A estos defectos generales de la época se juntaban en España otros peculiares, ocasionados por las luchas intestinas entre constitucionales y absolutistas con que se había iniciado el siglo XIX. La apologética española incurría en el grave defecto de estar estrechamente ligada a la política. Para defender a la religión de los ataques de los constitucionales se pleiteaba por el absolutismo; tal era el sentido de la fórmula casi ritual: *por el altar y por el trono*, de los apologistas españoles. Además otra división antigua, que persistía aún, entre jansenistas y ultramontanos, aumentaba la confusión entre los católicos españoles, siendo nota distintiva de los primeros el regalismo y su aver-

(20) "Si son rehusadas mis tesis, decía Lamennais, no veo manera de defender sólidamente la religión". El hombre que había dicho: sin Papa no hay Iglesia, sin Iglesia no hay cristianismo y sin cristianismo no hay religión, cuando el Papa no quiso aceptar sus puntos de vista se separó definitivamente de la Iglesia y del Papa, y en su cuarto la estatua de la libertad sustituyó a la de la Virgen, y al llegar la muerte rehusó los auxilios espirituales y no quiso la cruz en la sepultura... Ejemplo terrible de lo fatal que es para un apologista una ciencia mediana mezclada con gran presunción (II, 11).

sión a los jesuítas, y, por el contrario, de los segundos su amor a la Compañía de Jesús y el buscar más allá de los Alpes (Roma) el centro de la unidad religiosa (II, 17).

Balmes se halla completamente inmune de todos estos defectos, distinguiéndose por una ciencia sólida, que era lo que se echaba de menos en la apologética de entonces. El escolasticismo bebido en los grandes autores, Santo Tomás, Suárez y Belarmino, acompañado de un gran sentido crítico histórico, le habían preparado para una sólida apologética, la única que podía enfrentarse con una filosofía "plagada de errores trascendentales".

Cierta amorosa y cristiana efusión hacia los incrédulos que, en medio de tan lamentables defectos, poseía la apologética de entonces, hállase también en Balmes en grado eminente, tanto que llega a constituir una de sus notas características. La caridad es la virtud más recomendada por Balmes en la conducta que debe observar el sacerdote en su trato con el incrédulo. Hay que evitar la debilidad, pero también la dureza; la fuerza de la fe ha de ir revestida siempre con la dulzura de la caridad (21). Esta efusión amorosa la siente Balmes y la practica no sólo para con el individuo, sino también para con la sociedad. "Formaban entonces la sociedad española, dice, dos pueblos que habían plantado sus tiendas en el mismo país, pero que hablaban lengua diferente, venían de diferentes regiones y marchaban en direcciones opuestas. Dichosos los hombres que sabiendo la lengua de ambos puedan tener relaciones leales con todos, sirviéndoles primero de intérpretes y luego de conciliadores" (22). He aquí el ideal de Balmes en toda su actuación política. La palabra "conciliación" (23), dice muy bien el P. Casanovas, fué el lema de toda la obra balmesiana; conciliación de hombres de buena voluntad. Por esto escribió en la primera página de las "Consideraciones políticas", que no había de leerlas quien buscarse dicitrios y calificaciones odiosas. Balmes escribe siempre al dictado del amor, jamás impulsado por el odio, disimulado con capa de celo, o por la pasión disfrazada de polemista (II, 39).

(21) IV, 366.

(22) XI, 123.

(23) Se ha dicho que Leibnitz influyó en Balmes. En las doctrinas apenas hemos podido reconocer este influjo, pero sí ciertamente que se parecen estos dos grandes genios en los ideales de conciliación. Este fué también el lema de aquel hombre que conducía de frente todas las ciencias.

Un alto y noble sentido de acomodación social distinguía también la apologética de Balmes, para quien la Iglesia católica es más fuerte que todo lo humano y tiene virtud suficiente para vivificar todos los sistemas que puedan inventar los hombres. Ella se acomodará siempre con todo lo que no sea la mentira y el pecado.

3. *Balmes, sociólogo.* Así como escribió Balmes su *Filosofía Fundamental*, puede decirse que escribió también su *Sociología fundamental*, título que cuadraría perfectamente a la colección de los principales artículos publicados en "La Civilización". El ideal social a que hay que tender siempre nos lo describe Balmes con las siguientes palabras:

"Tendremos el *máximum* de civilización cuando coexistan y se combinen en el más alto grado la mayor inteligencia posible con el mayor número posible; la mayor moralidad posible con el mayor número posible; el mayor bienestar posible con el mayor número posible". He aquí el fin de la civilización y la regla para medir sus avances o retrocesos (24). En sendos artículos magistrales hace Balmes un análisis profundo de estos tres elementos, según él, constitutivos de la perfección social: inteligencia, moralidad y bienestar. Confiesa Balmes que la sociología entendida con esta amplitud es una ciencia difícilísima. "Nada más fácil, dice, que el hablar de la sociedad; no hay materia en que más fácilmente pueda un ingenio echar salvas a su gusto inventando y proponiendo utopías y sistemas; pero tampoco se encontrará otra que debajo de apariencias engañadoras esconda abismos más tenebrosos" (25).

Es notabilísimo el buen juicio de Balmes en materias sociales. En este campo desconfía mucho de la ciencia, tomando como normas directivas el espíritu cristiano y el sentido común, y como procedimiento la observación. Balmes fía mucho en lo que él llama "instinto social", aquel juicio práctico que casi no sabe darse razón a sí mismo de sus actos, pero que va derecho a su fin con un acierto admirable (26).

A refutar las utopías del Socialismo dedica Balmes, con este mismo título, una serie de artículos por los que pudo con razón gloriarse de haber sido uno de los primeros que en España escribió sobre el socialismo, al cual oponía la doctrina católica sobre el origen y el fin del dolor, como la única verdadera filosofía de la historia (27). El pro-

(24) XI, 17-31.

(25) Ibid. 87.

(26) Ibid. 100-102.

(27) Ibid. 215-227.

blema económico social, la organización del trabajo, la asociación obrera, las cuestiones de economía política, etc. etc., todo lo trata Balmes, particularmente en los artículos de "La Sociedad", con una competencia quizás todavía hasta ahora no superada.

4. *Balmes, político.* Es éste el aspecto más desconocido de Balmes, con haber sido el que le dió fama universal entre sus contemporáneos. Los escritos políticos de Balmes, que contienen un verdadero tratado de política, así teórica como práctica, habían permanecido casi inéditos hasta la publicación de las Obras completas.

El pensamiento político de Balmes se presenta claro en el opúsculo "Consideraciones políticas sobre la situación de España", en que se trata de la alta y baja política, haciéndose un llamamiento a los hombres bien dotados para la obra de restauración que reclamaba la Patria y abogándose por un Gobierno fuerte, o sea, por un Gobierno verdaderamente nacional. El partido que no se sienta respaldado por la nación, que el día del peligro no pueda llamarla en su auxilio, podrá ser tal vez fuerte para hundir de momento a sus enemigos, pero no lo será para defenderse de ellos el día que esté en el poder (28). En la política como en las ciencias naturales, Balmes sólo conoce un procedimiento seguro, la observación. Esta le hace buscar los grandes principios conservadores de la sociedad, *razón, justicia, buena fe*, que no son de ninguna escuela, que no son nuevos, que ni están sujetos a mudanzas, sino que son de toda la eternidad, como ideales de perfección que Dios ha infundido en las sociedades. Escribálos el Gobierno en su bandera, y láncese confiadamente a la mar. Los partidos clamarán con furia, pero la nave partirá majestuosa, y ellos habrán de volver a nado al puerto, si no quieren perecer. Aún hay Providencia, y Dios que vela por los individuos y las naciones suele dirigir muy particularmente su mirada sobre la desgracia (29).

Balmes acecha el momento oportuno de intervenir activamente en la política española, para poner todas sus fuerzas al servicio de estos grandes ideales de Gobierno. La subida al Poder del partido moderado, le pareció ocasión propicia. Por otra parte, el no lejano matrimonio de la reina Isabel podía ser el aglutinante nacional y el tan deseado término de las discordias. Balmes se lanza resueltamente por esta política de conciliación de los partidos españoles, concre-

(28) XXIII, 240.

(29) Ibid. 81-153.

tándola en el matrimonio de Doña Isabel con el hijo de Carlos V, el conde de Montemolín. Para esta campaña política, necesita un periódico, y Balmes funda "El pensamiento de la nación", desde cuyas páginas prepara la opinión nacional. Interesantísimo y de suma actualidad, es el artículo que dedica el P. Casanovas a describir las normas periodísticas de Balmes, que fueron siempre la sinceridad y la verdad en la más perfecta armonía de los hechos con las palabras, de la teoría con la práctica, de los principios con todas sus consecuencias (30). De ahí la independencia de Balmes y su autoridad para hablar de todos los partidos, y decir a cada uno toda la verdad. "Jamás he adulado como tampoco insultado a nadie", pudo decir con toda verdad; "siempre he manifestado mi opinión sin reparar si agradaba o desagradaba a ciertas personas por elevadas que fuesen; he dicho la verdad a todos los partidos, fuese grata o ingrata" (31).

"Balmes no podía ser, dice Quadrado, de ningún partido; no habría podido respirar en una atmósfera de verdades incompletas, de miras estrechas, de pasiones exclusivistas. Por esto, ya en vida suya como después de su muerte, todos los partidos católicos se glorian de tenerle de su parte, citando en su favor textos de sus obras (II, 460-61)".

A la independencia para juzgar de las doctrinas, juntaba Balmes gran respeto de las personas y de los partidos, con la mira puesta únicamente en el ideal inmediato de dotar a España de un Gobierno que fuese como la clave de un edificio majestuoso; reconstitución total de la nación, conforme a sus elementos esenciales y tradiciones antiguas (p. 464). Menéndez y Pelayo dijo que Balmes tuvo razón antes de tiempo, añadiendo que "su doctrina política tan conciliadora, tan simpática, tan humana, tan aborrecida de los hombres violentos, debe a la ancha base de su filosofía crítica y armónica el haberse salvado de la lepra feroz, del fanatismo, de aquella suerte de pedantería sanguinaria que, muchos años seguidos, convirtió en Caín a todos los partidos españoles (32). La mezcla de política y de filosofía fué un gran bien para la política, aunque se resintiera tal vez de ello algún tanto la filosofía (XXX, p. 648).

5. *Balmes, filósofo*. Al terminar Balmes su trienio de filosofía

(30) XXIV, 195.

(31) XXXI, 301.

(32) "Cuadrado y sus obras". Estudios de crítica literaria. Serie 2.^a, p. 46.

en el Seminario de Vic tenía delineada ya sustancialmente su estructura mental y filosófica, la cual, sin embargo, fué precisándose cada vez más en el curso de sus estudios teológicos. El comercio continuó y prolongado con los grandes escolásticos—por espacio de cuatro años el único libro de estudio de Balmes fué la *Suma Teológica* con los comentarios de Suárez y Belarmino—hubo necesariamente de imprimir huella profunda en su entendimiento, que también se hallaba en contacto íntimo con los grandes autores, “que enseñan no sólo por lo que dicen, sino también por lo que hacen pensar, que nutren el espíritu con la doctrina que le comunican y lo despiertan y desarrollan por las reflexiones que le inspiran (33). Además, “los teólogos, dice Balmes, al paso que explican los dogmas de la Iglesia, siembran a menudo en sus tratados doctrinas filosóficas muy profundas. Como ejemplo cita a Sto. Tomás, que “en las cuestiones sobre el entendimiento de los Angeles y en otras partes de sus obras nos ha dejado teorías interesantes y luminosas que suponen un profundo conocimiento de los secretos del espíritu y derraman torrentes de luz sobre las doctrinas filosóficas”. En las obras de Santo Tomás bebió Balmes todo el raudal de ciencia que podía encontrar en los libros. “Todo, decía, se encuentra allí: filosofía, religión, derecho político; todo está contenido en aquellas cláusulas lacónicas que tantas riquezas encierran. ¡ Con qué respeto hablaba siempre del Santo y con qué intensidad de afecto evocaba su recuerdo! (I, 272, 276).

Hablando de los tratados de Santo Tomás sobre las virtudes y vicios, “se podría emplazar, dice, a todos los escritores que le han sucedido para que nos presentarán una sola idea de alguna importancia que no estuviese allí desenvuelta o, cuando menos, indicada” (34).

Mas el estudio de la filosofía, aparte su gran valor como auxiliar de la ciencia sagrada—“ésta no es más, en frase de Pío XI, que la filosofía escolástica convertida en uso de la misma sagrada disciplina bajo la guía y magisterio del Aquinate”—(35), la reputaba Balmes utilísima y aun necesaria para las letras y para las ciencias.

“Es imposible, decía, conocer a fondo la crítica literaria sin haber antes estudiado la generación de las ideas; es imposible subir a ciertas alturas de la

(33) XX, 166.

(34) XVI, 46; XV, 182; VIII, 295.

(35) “De Seminariis et studiis clericorum”.

jurisprudencia, sin haber penetrado los primeros principios de la ciencia, sin haber pensado en el espíritu humano y en las relaciones que tiene con la organización de la sociedad; es imposible entender de una manera fundamental la medicina si no se tienen algunos conocimientos que vayan más allá de la organización corpórea. La fisiología y la psicología se tocan, son continuación la una de la otra; aquélla tiene el complemento de ésta; separar la primera de la segunda es mutilarla. La filosofía es, según Balmes, la savia preciosa que circula dulcemente por todas partes, y así hay filosofía científica, filosofía literaria, filosofía artística, filosofía del mundo, filosofía de todo" (36).

Dado este concepto que se había formado Balmes de la filosofía, no es extraño que ejerciera en él una atracción tal que le arrebatara, y que, por lo mismo, aun en el tiempo de sus estudios teológicos, hiciera frecuentes excursiones por el campo de la metafísica pura. A ella se entregó de lleno durante los años de estudio privado que hubo de pasar en Vic, de cuya fecha datan los primeros apuntes de su Filosofía Fundamental. Después de haber estudiado a fondo los grandes escolásticos dedicábase Balmes a los filósofos modernos, empezando por el que él solía designar con el nombre de "triumvirato metafísico": Descartes, Locke y Leibnitz (p. 222). Más tarde penetra en las lobregeces de la filosofía alemana, "plagada de errores fundamentales, que forcejeaba por irrumpir en nuestra patria" y cuya refutación se propuso en la filosofía fundamental (37); siendo de notar que, como observa Menéndez y Pelayo, esta filosofía, aun en lo que tiene de más opuesto a nuestro pensador, que es el idealismo kanciano y sus derivaciones en Fichte y Schelling, entró y fué conocida en España principalmente por las exposiciones y críticas de Balmes (38).

6. *Balmes, escolástico tomista.* La estima en que tenía Balmes a los grandes escolásticos, y muy particularmente a Sto. Tomás, muéstrase, además de lo dicho, en la preciosa síntesis, que con tanto cariño hace de sus doctrinas. Aun cuando se aparte de alguna de ellas, complácese en patentizar el respeto que le merecen, como en el caso del entendimiento agente, y a propósito de la doctrina metafísico-física de los escolásticos, afirmando ser aventurado el juzgarlos sin haberlos estudiado a fondo, y que el reírse con demasiada facilidad suele ser una prueba de ignorancia" (39).

(36) XIV, 69.

(37) XVI, 13.

(38) "Dos palabras sobre el centenario de Balmes".

(39) "De esta explicación (de la teoría del entendimiento agente) resultará

Con razón pudo decir de Balmes Menéndez y Pelayo, "que la doctrina de Santo Tomás fué su primero y nunca olvidado texto y que exponiéndola y vivificándola no solamente en la esfera ideológica, sino también dentro de la filosofía de las leyes, hizo más Balmes por el to mismo que muchos tomistas de profesión, serviles repetidores de los artículos de la *Summa*, aunque se apartase de ella en algunos puntos de importancia e interpretase otros según el sentir de Suárez y de la escolástica española". Es más, "Balmes fué, añade, el indudable precursor de la moderna escuela de Lovaina" (40).

Y el historiador alemán Max Ettingler no duda en presentar a Balmes como el principal representante y guía de la escolástica renaciente en el pasado siglo. "Balmes fué, dice, quien desenvolvió la doctrina tomística, amoldándola a los nuevos tiempos y dándole una forma atractiva con la cual señalaba el camino recto que debía seguirse por lo que hace a sus universales principios del conocimiento, tan reñidos con los del pensamiento moderno, evitando los falsos extremos del tradicionalismo y del ontologismo" ... "Sobre todo es Balmes, a juicio de dicho autor, el más ilustre representante del movimiento neoscolástico alemán" (41).

Efectivamente, Balmes consagró todos los recursos de su poderoso ingenio a la restauración de la verdadera escolástica, que no es otra que la filosofía perenne, corrigiendo sus defectos capitales, cuales eran el descuido en el cultivo de las ciencias naturales y físico-matemáticas, la negligencia de las formas en el estilo y lenguaje y el abuso de las cuestiones dialécticas. Balmes fué a beber la escolástica en sus fuentes incorruptas de los grandes autores antiguos, y ésta fué la causa de que apareciese como retrógrado y anticuado ante no pocos de aquellos sus condiscípulos y maestros que despreciaban la verdadera escolástica sin

comprobado con cuánta verdad he dicho que esta doctrina de las escuelas sólo puede ser ridiculizada por quien no la comprenda y que sea lo que fuere de su fundamento, no se le puede negar importancia ideológica." (XVIII, 43).

(40) Obra citada.

(41) *Geschichte der Philosophie von der Romantik bis zur Gegenwart* München (1934), 213 y 202. Lo que dice este autor nos confirma una vez más en el juicio del P. Casanovas sobre este particular, a saber, "que puede darse por definitivamente vindicada la ortodoxia de la criteriología balmesiana" (II, 686), ya que no es otra que la que de una manera implícita se halla en los grandes escolásticos y que Balmes opuso a la filosofía moderna formulándola con una terminología peculiar.

conocerla y eran panegiristas incondicionales de las ciencias, que muchos de ellos ni tan sólo habían saludado.

Con razón califica el P. Casanovas de heroico el escolasticismo de Balmes (I, 284), no sólo por haberlo abrazado en los momentos históricos de su más profunda decadencia, sino también por haber tenido que luchar no tanto con sus adversarios sinceros, como con aquéllos que llamándose a sí mismos los únicos depositarios de sus tesoros, no conservaban de él más que una escoria de rutinas y superficialidades, heredada de un período decadente (II, 670-3).

7. *Jesuitismo de Balmes.* Las doctrinas fundamentales de Balmes son las de Santo Tomás, si bien es verdad que con un peculiar matiz jesuítico. A pesar de que en las aulas se callase o se dijese lo contrario sobre aquellas doctrinas que en materias controvertidas defendían comúnmente los jesuitas—cuya personalidad doctrinal y científica se daba a la sazón por muerta en Cervera—, Balmes las examinaba en sus grandes autores, Suárez y Belarmino, y quedaba ganado para la escuela jesuítica (I, 280).

No es extraño, pues, que “interpretase según el sentir de Suárez algunas de las doctrinas del Doctor Angélico”. Como Suárez, es también Balmes ecléctico, con aquel sano eclecticismo que en frase de Clemente alejandrino “no entiende por filosofía la estoica, la platónica, la epicúrea o la aristotélica, sino lo que estas escuelas hayan enseñado que sea conforme a la verdad, a la justicia, a la piedad” (42).

Balmes, por no tener que prestar ya el juramento antijesuítico, mandado por real cédula de Carlos III, de 12 de agosto de 1768 (43), y abolido en 1824, pudo restaurar en sí mismo sin escrúpulos de conciencia aquella plenitud doctrinal jesuítica, de todos ya olvidada, y salir de Cervera tan jesuíta, intelectualmente hablando, como el pri-

(42) XXII, 125.

(43) En virtud de dicha real cédula de Carlos III, a las fórmulas de juramento usadas en la Universidad se hubieron de añadir las palabras siguientes: “Similiter iuro non sequuturum neque docturum doctrinam Regularium e Societate nominis Iesu, nec non huius Scriptoribus me unquam usurum, sicut iussum est Regio Decreto, quod ipsum iusiurandum testor Deum et Sanctos eius a me praestitum iri ex recta animi sententia bonaque fide et absque ullo restrictionum mentalium aliarumve probabilitatum usu, eo fine proposito, ut huius iuramenti vim quoquo modo eludere valeam: sic me Deus adiuvet et haec sancta Dei Evangelia.” (I, 287).

mero de la Orden, y tal vez más que ninguno de los que entonces formaban la Compañía de Jesús, restaurada recientemente (I, 288).

8. *Sobriedad intelectual de Balmes.* Una de las cualidades que, a juicio de Balmes, más resaltan en las obras de Santo Tomás, y que muy particularmente le atrae y cautiva, es “una moderación y una templanza en la exposición de las doctrinas, que si la hubiesen imitado todos los escritores, a buen seguro que el campo de las ciencias se hubiera parecido a una academia de verdaderos sabios y no a una ensangrentada palestra donde combatían encarnizadamente furibundos campeones” (44). En esta templanza es también Balmes perfectamente imitador del Doctor Angélico. “La sobriedad, dice, es tan necesaria al espíritu para sus adelantos como al cuerpo para la salud; no hay sabiduría sin prudencia, no hay filosofía sin cordura”. Es Balmes el filósofo del sentido común por antonomasia, de aquel sentido humano y buen juicio tan conforme con la naturaleza del hombre. Le cuadra a Balmes perfectamente el título de *Doctor humanus*, que recientemente se le ha dado (I, 280). “No quiero estar reñido, dice, con la naturaleza; si no pudiera ser filósofo sin dejar de ser hombre, renunciaría a la filosofía y me quedaría con la humanidad”. No puede sufrir que “el sabio haya de ser un hombre excéntrico y la filosofía una extravagancia” (45).

El *sapere, sed sapere ad sobrietatem* del Apóstol es el lema de la filosofía balmesiana. Esta sobriedad era, sin duda, efecto de la humildad intelectual que distingue a Balmes, el cual, por otra parte, condena con las más duras expresiones otra humildad aparente proveniente del orgullo. “El escepticismo, dice, tuvo principio en esta falsa humildad, de la cual están tocados lo mismo Lutero que Lamennais” (46).

Balmes no tolera que bajo capa de humildad y de sumisión a la fe católica se acuse a la ciencia de llevar a la irreligión y al mal. “Es esto, dice, una especie de blasfemia contra el Criador...; si la elevación de la inteligencia llevase al mal, la malicia del ser estaría en proporción con su altura..., habría el mal infinito”... Balmes por el contrario, se complace en repetir la sentencia de Bacon: “Poca ciencia aparta de Dios, mucha ciencia lleva a El”. Por esto la religión católica fomenta

(44) VIII, 295.

(45) XVI, 28, 343, 347.

(46) XXII, 294.

la cultura, porque la cultura verdadera lleva a nuestra santa religión (47).

9. *Balmes, debelador del escepticismo*. Ya al superar su primera crisis intelectual se nos ha mostrado Balmes como un gran debelador del escepticismo. No ha faltado, sin embargo, quien haya pretendido tomar pie de ella y de alguna que otra expresión, desglosada de su contexto, para comparar a Balmes con Lamennais, como si el pensamiento fundamental de ambos fuera que la perfección del ser racional consiste en no juzgar, en no pensar, en ignorarlo todo. Balmes, se ha dicho, es en esto hombre de su tiempo, cuya característica fué esta duda fundamental sobre el poder de la razón (48).

Justamente se admira el P. Casanovas de que pueda alguien seriamente lanzar—y más si éste es un español de cultura filosófica—ta acusación contra Balmes, “el único nombre español de este siglo (XIX), conocido y respetado en toda Europa por creyentes y racionalistas” (49). Examinando el sentido de las frases que han servido de pretexto para tan grave imputación, veremos que dicen todo lo contrario de lo que se ha pretendido hacerles decir. “La religión se aviene muy bien, afirma Balmes, con una prudente desconfianza de los sistemas filosóficos, hasta el punto de que cierto grado de escepticismo científico hace más fácil y llevadera la fe religiosa”. No desglosemos estas palabras de su contexto; hállese en la misma 1.^a carta a un escéptico, en que nos dice Balmes que el resultado de su rebelión contra la autoridad científica no fué el escepticismo, ni siquiera la duda cartesiana, y en que condena el escepticismo universal hasta en “materia puramente filosófica”, y donde considera como una de las más terribles plagas de la época “la incertidumbre sobre Dios, sobre la naturaleza, sobre el origen y destino del hombre”, plaga que hay que extirpar a todo trance; a lo cual dedicará él todas sus fuerzas, y no precisamente por el motivo “de no querer perder la tranquilidad del espíritu”; a esa razón sólo acudiría en el caso de “no tener este imponente conjunto de motivos para conservarse adicto a la fe”, los motivos de credibilidad, todos ellos de orden filosófico (50).

(47) XV, 300.

(48) A. Bonilla y San Martín. “Introducción” a la “Filosofía Fundamental”, Madrid, 1922.

(49) Menéndez y Pelayo. “Cuadrado y sus obras”, p. 44.

(50) X, 27-28.

Otras dos brevísimas citas son las que se aducen para fundar dicha acusación. Dicen así: "El estudio de la filosofía y de su historia engendra en el alma una convicción profunda de lo corta que es nuestra ciencia: de manera que el resultado especulativo de este trabajo es un conocimiento científico de nuestra ignorancia"... "Leed a Platón, Aristóteles, Cicerón, a los más grandes hombres de la antigüedad, y ¿qué encontraréis? Errores, incertidumbre, tinieblas; pero abrid la Biblia...: todo está allí explicado con admirable sabiduría, y al volver los ojos a los vanos sistemas de la filosofía humana parece que asistimos a juegos infantiles" (51). Las ideas de estos dos textos son las que motivaron la mencionada comparación entre Balmes y Lamennais. Pues bien, bastaba acudir al párrafo 60.^o del mismo libro, o bien al capítulo 33.^o de la Filosofía Fundamental, donde se halla claramente explicado el verdadero sentido de aquellas palabras y lo que pensaba Balmes de Lamennais, de su sistema y de sus consecuencias.

"Lamennais comenzó, dice Balmes, deprimiendo la razón y ensalzando la revelación, y acabó deprimiendo la revelación y ensalzando la razón: el resultado de los sistemas exagerados es el error... No es buena manera de defender la revelación comenzando por destruir la razón. Leibnitz ha dicho con tanta verdad como ingenio: Desterrar la razón por afirmar la revelación es arrancarse los ojos por ver mejor los satélites de Júpiter por medio del telescopio" (52). Y a renglón seguido de aquella frase "conocimiento científico de nuestra ignorancia", que constituye el argumento Aquiles de nuestro adversario, escribía Balmes: "¿Despreciaremos por esto la filosofía? No, ciertamente; basta que conozcamos su insuficiencia. El desprecio de la filosofía es una especie de insulto a la razón. Y ¿sabéis en qué suele parar ese insulto? En apoteosis: la víctima se convierte en ídolo y el agresor en su gran sacerdote. Lutero despreciaba la razón y tuvo la modestia de erigirse en legislador supremo; no se han escrito contra la razón páginas más elocuentes que las de Lamennais, y, sin embargo, también intentó regenerar el mundo con su propia razón" (53).

Aunque estos textos son más que suficientes para mostrar cuán calumniosa sea la acusación lanzada contra Balmes, queremos añadir algunos más.

"Sucede a veces que la abnegación de la razón, dice Balmes, no proviene de la humildad, sino de un excesivo orgullo, de un exagerado sentimiento de superioridad que se desdefía de examinar y que cree suficiente mirar para ver sin

(51) XXII, 293-4.

(52) Ibid. 265-7.

(53) Ibid. 294.

necesidad de discurrir"... "Conozco que nuestra razón es débil en extremo, que es excesivamente cavilosa, que todo lo prueba, todo lo combate; pero de ahí a negarle su voto en las altas cuestiones de metafísica y desecharla como incompetente para discernir la verdad del error, hay una distancia inmensa. *Est modus in rebus*" (54). "El entendimiento es un don precioso que nos ha otorgado el Criador, es luz que se nos ha dado para guiarnos en nuestras acciones, y claro es que uno de los primeros cuidados que deben ocupar al hombre es tener bien arreglada esta luz. Si ella falta nos quedamos a oscuras, andamos a tientas, y por este motivo es necesario no dejarla que se apague...; conviene que su luz sea buena para que no nos deslumbre; bien dirigida para que no nos extraíe" (55).

Innumerables son los textos análogos a éstos que podrían entresacarse de los escritos balmesianos. Por ellos y por toda la obra apologético-filosófica de Balmes, tomada en conjunto, es para nosotros evidéntísima la aserción del P. Casanovas: "Balmes no tiene ni una sola fibra escéptica en todo su organismo" (I, 363). Lo único que quería dejar bien sentado Balmes, como conclusión de la Historia de la Filosofía, era aquella tesis de teología fundamental, a saber, que, habiendo sido estéril la filosofía por sí sola en el terreno de la religión y de la moral, y fecunda, por el contrario, cuando se ha hermanado con la revelación, resultaba ser ésta moralmente necesaria a la humanidad para alcanzar un perfecto conocimiento sin mezcla de errores de su mismo fin natural y de los medios convenientes para alcanzarlo. Ahora bien, "el conocer de antemano, y con toda certeza, nos dice Balmes, las verdades fundamentales, relativas al hombre, al mundo y a Dios, en vez de dañar a la profundidad del examen filosófico, la favorece... En las regiones de la metafísica y de la moral el espíritu humano se muestra tanto más poderoso cuanto más participa de la influencia del cristianismo". "En el edificio de los conocimientos humanos hallaréis las ideas cristianas iluminando el cimiento y la cúpula" (56). He aquí la doctrina que treinta años más tarde proclamará solemnemente el gran restaurador de la filosofía cristiana, el Papa León XIII, en su inmortal encíclica *Aeterni Patris*. "Qui philosophiae studium cum obsequio fidei christianae coniugunt optime philosophantur, quando quidem divinarum veritatum splendor, animo exceptus,

(54) X, 169.

(55) XV, 14.

(56) XXII, 297; XIX, 383.

ipsam iuvat intelligentiam; cui non modo nihil detrahit, sed nobilitatis, acuminis, firmitatis, plurimum addit”.

10. *¿Tiene Balmes filosofía propia?* “No me lisonjeo, dice, de fundar en filosofía, pero me propongo examinar sus cuestiones fundamentales; por esto llamo a la obra *Filosofía Fundamental*.” Estas palabras del prólogo “de la obra capital, a juicio de Menéndez y Pelayo, entre todas las obras de Balmes, en que depositó las más ricas intuiciones de su espíritu”, parecen dar a entender que en vano se buscará en Balmes una filosofía propia. No obstante, en el prospecto con que el mismo Balmes anunciaba la aparición de su filosofía fundamental nos decía que “ésta no es copia, ni imitación de ninguna filosofía extranjera; no es ni alemana, ni francesa, ni escocesa; su autor ha querido contribuir por su parte a que tengamos también una filosofía española” (57). Por otra parte, Menéndez y Pelayo afirma en el lugar citado que “contra el eclecticismo francés, que servía entonces de conducto del panteísmo germánico, levantó Balmes aquel peculiar eclecticismo español, que está en las tradiciones de la ciencia nacional” (58). Estas frases, “contribuir a una filosofía española”, restaurador del “eclecticismo español”, juntamente con las sugerencias de un interesante estudio sobre Balmes del P. Loucien Roure—que no hallamos en la bibliografía balmesiana del P. Casanovas—, nos han inducido a hacernos esta pregunta: ¿tiene Balmes una filosofía propia? No podemos ahora estudiar a fondo este problema, y sólo queremos llamar la atención sobre algunas ideas del mencionado escritor, dignas de ulterior y más detenido examen.

“Cree Balmes, dice Roure, que en el orden del pensamiento lo esencial está ya descubierto, que lo que importa solamente es conservarlo y hallarlo de nuevo... Balmes ha querido beneficiarse del largo trabajo de los siglos, durante los cuales las verdades que constituyen la vida intelectual y moral del hombre han sido sacudidas y agitadas. Su claro entendimiento ha desempeñado el papel de filtro para con estas verdades”. El examen profundo que con su buen sentido ha hecho Balmes de las verdades fundamentales de la filosofía perenne, nos da como resultado “no un residuo incoloro, sino el licor límpido, y cristalino, ligeramente concentrado, sano, que conserva y despidió

(57) XVI. II, 13.

(58) “Cuadrado y sus obras”, p. 42-44.

toda su virtud. Por lo cual muchas páginas de sus escritos hacen la impresión de lo definitivamente adquirido" (59).

No menos que este buen sentido, llama la atención del P. Roure la modernidad de Balmes, el cual tiene siempre ante la vista la filosofía moderna, alabando los esfuerzos que ésta hace "por salir del abismo en que sumiera al espíritu humano una filosofía atea y materialista" (60). Es más, por la extraordinaria importancia que atribuye Balmes a la intuición en el problema del conocimiento, cree el P. Roure que Balmes ha sido así como el precursor de las filosofías intuicionistas contemporáneas en lo que tienen de fundado y sólido".

Balmes fué también, según este autor, un verdadero vidente por lo que se refiere al modernismo filosófico, esbozándolo claramente con tres cuartos de siglo de anticipación (59). Raudales de luz proyecta asimismo Balmes sobre muchos de los problemas que tiene planteados la filosofía contemporánea. Cítanse allí como ejemplo las páginas profundas que ha escrito Balmes sobre el problema del orden moral (60) y de la evolución, iluminado por su maravilloso tratado acerca de la actividad y causalidad de los seres (61). Esta y otras muchas ideas de la filosofía tradicional, muy particularmente las relativas al problema del conocimiento en su doble aspecto crítico-psicológico, las expone Balmes de una manera tan personal que bien podrían constituir los elementos de un sistema propio o, cuando menos, de una actitud filosófica inconfundible, que oportunamente distingue el P. Roure con la mencionada comparación del filtro.

II. *Epílogo.* La actividad desplegada por Balmes fué verdaderamente maravillosa hasta pocos meses antes de su muerte, cuando le asaltaba como ladrón la postrera enfermedad. Esta le sorprendió escribiendo una obra de matemáticas, dedicado al estudio del hebreo y del griego, dado de lleno a la lectura de autores latinos para traducir la *Filosofía Elemental* con estilo más puro del que suele emplearse en los libros escolares, y planeando al propio tiempo las siguientes obras: una vida de San Ignacio como centro de la historia del siglo XVI, una revista católica, un tratado de Teología, un Compendio de Historia Sagrada y una inmensa editorial católica. Sin embargo, la ocupación principal de los últimos meses de su vida era la redacción del *Pío IX*, el

(59) IX, 247, 249.

(60) XIX, 369-400.

(61) XVII, 8; XIX, 269-341.

último libro de Balmes, el cual constituye, a juicio del P. Casanovas, su más gloriosa gesta y el digno coronamiento de toda su obra apolo-gética (II, 696, 715, 741).

Murmurábase en España y protestábase contra la política de Pío IX, porque se la tenía por mala y perjudicial a la de los católicos espa-ñoles y aun a los intereses mismos de la Religión. El corazón de Balmes, rebosante de amor filial hacia el Vicario de Jesucristo, se conmueve al solo nombre de protesta contra el Papa, aunque no se trate de nin-guna verdad dogmática ni siquiera disciplinar, sino solamente de al-gunas medidas de orden puramente temporal y político de la Santa Sede. Balmes se sentía ya fuertemente impulsado a tomar la pluma en defensa de Pío IX, cuando desde Roma se solicita expresamente el au-xilio, en aquel negocio, del gran apologista español. Este, no ya sólo por devoción y amor, sino además con el mérito de la más pronta obe-diencia, se pone a escribir con extraordinario entusiasmo su "Pío IX" con el objeto de justificar las medidas del Papa, que eran, por par-te de no pocos católicos españoles, objeto de censura y murmuración. Balmes no puede menos de prever que con ello se ha de malquistar el ánimo de la mayor parte de sus compaisanos, aun de los más allegados, y que se pone en la contingencia de que tenga que devorar pronto las más crueles amarguras; no importa, gustoso haría por el Papa, si fuera menester, el sacrificio de la honra y de la vida.

Su "Pío IX" desencadenó, en efecto, contra él la más furiosa tem-pestad de baldones e injurias, tanto que casi todos los biógrafos con-temporáneos atribuyen la última enfermedad de Balmes al grave dol-or ocasionado por la soledad espantosa que con tal ocasión se hizo en torno suyo. Los que no condenaban su "Pío IX", cuando menos le reputaban inoportuno. Bien dijo uno de los poquísimos—tres o cua-tro—que en aquella hora no le abandonaron: "Balmes se ha ofrecido en holocausto por el catolicismo" (62).

De esta suerte la divina Providencia había dispuesto, para ejemplo nuestro, que la gigantesca figura de aquel genio, lleno de luz y de doc-trina, encargado de mostrar el camino con su buen sentido social y político a las generaciones venideras, se nos presentase no solamente "empuñando el cetro de la inteligencia", sino como modelo insigne en la pureza de la vida y aureolada su frente con la diadema de quienes han ofrecido la vida en defensa del Vicario de Jesucristo. Tales eran

las cualidades que el mismo Balmes requería en aquéllos que por especial vocación divina han de ser guías y maestros de los demás” (63).

“Ojalá le tomasen a él por tal, diremos para terminar con el P. Casanovas, los dirigentes de nuestra sociedad en la edificación de la patria. Que el mismo Balmes nos ayude y nos valga para salvarla, no solamente con sus ejemplos y con sus doctrinas, sino también con su intercesión, fruto consolador de su perfecta vida cristiana y sacerdotal”, coronada con la preciosa muerte de los santos.

MIGUEL FLORÍ, S. I.

Avigliana (Torino).

(63) IV, 294.